



El litigio de las palabras. Diálogo sobre política del lenguaje
Jacques Rancière y Javier Bassas
Barcelona: Ned Ediciones, 2019
125 páginas

Jacques Rancière ha trazado con su obra un particular recorrido en el que sus reflexiones sobre política, historia y estética se demuestran atravesadas por un problema común a todas: el del «reparto de lo sensible» [*partage du sensible*] que el lenguaje opera sobre la realidad en sus diferentes manifestaciones, sentando las bases de nuestra forma de ser en comunidad. Por eso, el que la médula espinal de la entrevista ofrecida en *El litigio de las palabras* sea precisamente la relación entre las palabras y las cosas, los modos de enunciación y el objeto que se pretende estudiar o crear, no solo atrae la atención sobre cuestiones que merecen ser pensadas para juzgar la situación del pensamiento actual a un nivel general, sino también sobre una puerta de acceso a los planteamientos de Rancière que evidencia pronto el potencial crítico de su labor teórica y, cuestión muy importante, de su praxis escritural.

Javier Bassas, traductor y prologuista habitual del pensador francés —y, en el libro que nos ocupa, entrevistador—, destaca en el prefacio a la conversación un punto que ha de ser considerado con especial atención: la relación forma-contenido en la escritura. Una de las convicciones de Rancière es que el «cómo» está escrito un texto no es de menor importancia que el «qué» se escribe, señalando una ya largamente instituida desigualdad entre forma y contenido —siempre priorizando el segundo aspecto— en la tradición filosófica. Al ejercicio acríptico de tantos académicos que construirían su rigor de forma retórica, confiando en los dispositivos escriturales perpetuados por la institución académica y en las demarcaciones estancas entre disciplina y disciplina, se contraponen la sensibilidad del francés para medir y dirigir las operaciones de su escritura hacia la puesta en marcha de la igualdad. El objetivo de sus textos sería, por tanto, la construcción de otra escena en la que el conocimiento no se pensaría de la manera clásica y pedagógica como transmisión; lo que se busca es posibilitar la labor no de un maestro embrutecedor que encarrile por un camino determinado los esfuerzos del alumno, sino ignorante, en el sentido en que desconoce los efectos que su labor producirá en sus estudiantes.

Bassas se propone, en la presentación del diálogo que nos ocupa, que el texto subsiguiente se vea impregnado en su forma por los planteamientos de Rancière, en busca de la igualdad en la «comunidad textual» —la forma reivindicaría también su importancia frente al contenido—. Este empeño es problemático en el formato que impone una entrevista y no termina de fructificar de forma clara: ¿de qué manera se asemejan los modos de exposición oral de Rancière y Bassas en esta entrevista a la labor que pueden efectuar —y si que efectúan— en sus textos? ¿No se parece demasiado la escena que en esta conversación se plantea a aquella clásica que pretende desmontarse, esto es, a la transmisión de conocimiento por la cual el maestro ilumina al alumno y reafirma el sentido de sus explicaciones frente a lecturas que las llevan en otras direcciones? En cualquier caso y sea cual sea la fortuna del texto en este punto, las preguntas de Bassas resultan siempre interesantes y guardan un justo equilibrio deseable en todo diálogo: por un lado, no eluden el forcejeo con las

nociones rancieranas, desplazándolas en direcciones diversas y permitiendo así vislumbrar sus posibilidades y límites; por otra parte, despliegan su rica lectura de las principales obras de Rancière de forma que, a la par que sitúa perfectamente al lector en los debates o problemáticas implicados en cada cuestión, demuestra una asimilación crítica de la obra del filósofo francés de profundidad infrecuente en la masa de artículos y monografías que han surgido al hilo del discurso del filósofo.

Iniciando su diálogo con Rancière, Bassas centra el primer bloque de los tres que componen la entrevista en la relación entre lenguaje e igualdad. Al ser preguntado sobre la posibilidad de divulgar la filosofía en los términos en los que Althusser entendía esta labor —colmar la brecha entre aquellos que saben, hombres de teoría, y los que no, esencializando la distancia entre unos y otros—, Rancière responde, en uno de los pasajes más iluminadores e interesantes del libro, explicitando cómo en sus trabajos se opone a los planteamientos del que fuera su maestro: contra la respuesta althusseriana a este problema, su labor trataría de problematizar la brecha entre los que saben y los que no mediante la unión de mundos dispares, poniendo al lado de los diálogos platónicos la palabra del obrero y, en definitiva, minando las asunciones acerca de las disciplinas en el seno de las cuales se enmarcan normalmente los esfuerzos teóricos, historiográficos, críticos... Así, se terminaría cuestionando la topografía generadora de la brecha que luego se intenta salvar, el reparto de los papeles que ensalza al pensamiento del filósofo como fruto de la reflexión teórica y desprecia al del obrero como producto del sufrimiento. Un nuevo paisaje de lo sensible debería emerger de esta recusación de la escena de saber habitual y, siendo la igualdad el punto de fuga del pensamiento del francés —presentada en sus textos como algo no esencial, sino más bien performativo—, el postular nuevos modos de inteligibilidad es el primer paso hacia el ejercicio efectivo de esta igualdad que se persigue y que es el motor de la acción política.

Cerrando este bloque, se trata con gran atención el binomio *logos-phoné*, empleado por Rancière en varios de sus trabajos. Este par de conceptos remite a la *Política* de Aristóteles; la posesión del *logos* es, siguiendo al estagirita, requisito indispensable para poder tomar parte en la vida política de la ciudad, pues distingue a los ciudadanos de pleno derecho de aquellos que, en su uso del lenguaje, solo emiten ruidos inarticulados propios de animales y no merecen por tanto participar en la gestión de la vida común. Rescatando esta distinción, el filósofo francés busca evidenciar que la política es lo que está en juego a la hora de discriminar qué es meramente ruido y qué es un discurso articulado y digno de ser escuchado. Bassas se detiene desgranando las implicaciones y consecuencias del uso de este par de conceptos y termina cuestionando un aspecto concreto: la perpetuación de la jerarquía antropocéntrica hombre-animal, cultura-naturaleza. Rancière responde negando que su concepción de la política pueda asociarse a un universal antropológico como el *logos*, pero lo que también queda claro de su respuesta es que la actividad política requeriría de cierta reflexividad propia de lo humano, pues —aunque el francés prefiera aludir a este asunto en términos de reciprocidad entre los lugares que un sujeto puede ocupar— lo imprescindible de esta dimensión queda patente frente a ciertas desigualdades: si Rancière piensa siempre la política como proceso de subjetivación, por mucho que la frontera entre *logos-phoné* sea discutible, es bastante evidente que los animales necesitarán siempre un «gestor» que medie

por ellos; la política, pues, no es efectiva a la hora de tratar todas las relaciones de dominación, como el propio Rancière reconoce (2019: 58).

En el segundo bloque, que trata la relación entre lenguaje y emancipación, Bassas sigue tirando del hilo que cierra el apartado anterior y continúa pensando los límites de la actividad política entendida desde el pensamiento rancierano: ¿no pueden fenómenos como el grito, confuso e irremediabilmente ligado a la *phoné*, estar revestidos de un valor político intrínseco pese a no articularse mediante un proceso de subjetivación? Es decir, ¿qué hay de lo prerreflexivo y de lo prediscursivo y de sus potencialidades políticas? Rancière aclara que él entiende el sujeto como efecto de un proceso y que, por tanto, la cuestión de la reflexividad le es ajena; lo importante es la posición de un individuo o colectivo en la vida común, no su relación consigo mismo. Rancière piensa que, al ponerse en marcha a la hora de denunciar un agravio [*torf*], el *sin-parte* (aquel que impugna el reparto de papeles de una sociedad buscando ser tenido en cuenta como un interlocutor digno) inicia un proceso por el cual moviliza un *yo-cómo-tú* que refrendaría la igualdad de las inteligencias mediante su puesta en práctica. Es por esto que no hablamos de una ontologización de la igualdad como base de la vida política; si no se «performa», si no se comprueba polémicamente, la igualdad no existe. Así, se termina de entender la apuesta de Rancière por la reciprocidad a la hora de abordar estos problemas, ligada a su concepción litigiosa de lo político. El grito, pese a asociarse a lo no-articulado o prerreflexivo, es susceptible de ser empleado políticamente, pero siempre en una escena de interlocución sin la cual difícilmente podrá contribuir a repensar desde otra perspectiva los términos de un debate.

Tras estas reflexiones, el diálogo se dirige a otras latitudes y, en un interesante pasaje, se contraponen la concepción del lenguaje derridiana con la rancierana. Partiendo de un fragmento de *Aux bords du politique*¹ que enfrenta, a la hora de hablar de la subjetivación política, lo idiomático —el lenguaje de la igualdad según Rancière— con lo tribal, Bassas plantea la pregunta por la relación entre lo universal y lo «singular-no-identitario» para matizar el papel de estas instancias en el pensamiento de Rancière, que las conjuga de forma muy interesante. Según el filósofo, la universalidad de la igualdad se verificaría como *topos*, esto es, «la construcción singular de un caso que rompe el reparto creando un proceso de universalización en acto» (2019: 72), y por esto nunca como cualidad presupuesta. En cierto modo, este aserto es una forma de desarticular la oposición universal-particular; es aboliendo la supuesta distancia entre «hombres de lo universal y hombres de lo particular» que la igualdad se confirma de forma polémica ante un caso concreto, y es que la igualdad es siempre una condición problemática a ratificar. A la relectura del pasaje del Génesis de la Torre de Babel que Derrida realiza —en el que la humanidad es castigada por Dios con el idioma, esto es, condenada a no poder acceder de forma unívoca a la realidad por contraposición a Dios, el único idéntico a sí mismo— se enfrenta el del relato de la secesión plebeya en el Aventino, analizado por Rancière. La deuda original atribuida al idioma en la primera escena no puede ser más diferente a las potencialidades de este mostradas en la segunda, que presenta la construcción de una escena de interlocución mediante el uso de un lenguaje prestado —los plebeyos actúan *como si* los patricios pudieran entenderles y usando sus mismas palabras—. El lenguaje de la política es pensado por los patricios como «tribal», bueno solo para ellos,

pero los plebeyos lo toman como un idioma que habla a todos por igual y tratan de sobreponerse a las distancias impuestas, las imposibilidades prescritas. Así, en una situación —*topos*— contingente emerge la universalidad a verificar de la que Rancière habla. Todo esto tiene mucho que ver con la interesante concepción rancierana de la escritura como un régimen de lo sensible que, viajando libre de un lado a otro y no sabiendo si está tratando con un sujeto digno o indigno de ella, desarticula las escenas de interlocución institucionalizadas.

El último bloque, sobre lenguaje e imágenes, despliega diferentes problemáticas trabajadas por Rancière a lo largo de su obra y que, por su variedad y complejidad, resulta difícil tratar aquí con justicia. Bassas se interesa, en un primer momento, por la posición del filósofo francés ante el pensamiento de la diferencia ontológica. Las subsiguientes preguntas tienen que ver con la propuesta de Rancière en el ámbito de la estética —formulada, entre otros, en textos como *Le partage du sensible*² o *La parole muette*³— que procura no tanto elaborar una historización de la evolución del arte como ofrecer a la reflexión tres modelos generales mediante los cuales este se ha hecho inteligible y, a su vez, ha hecho inteligible la realidad —nunca debemos olvidar ante Rancière la imbricación que establece entre política y estética—: el régimen ético, el régimen representativo y el régimen estético. Ciertamente, estas nociones han resultado ser muy fecundas para el estudio de manifestaciones artísticas pasadas y presentes, y se movilizan en estas páginas en relación a diferentes cuestiones: por un lado, Bassas pregunta si la imagen y su forma de construir sentido es subsumible —en sus diferentes manifestaciones— dentro de esta categorización, a lo que Rancière responde esbozando conceptos como *frase-imagen* que permiten pensar los solapamientos y las tensiones entre diferentes ideas del arte; tras esto, Bassas se interesa por la posible influencia de Michel Foucault y su concepto de *episteme* en las aproximaciones rancieranas a, por ejemplo, la historia de la literatura en obras como *Le fil perdu*⁴. Rancière afirma separarse de un pensamiento del corte que cree imposible el pensar algunas cosas en según qué momentos en favor de cierta transhistoricidad de los regímenes. En las últimas páginas, se arrojan más reflexiones sobre la relación entre lenguaje y filosofía, atendiendo a la función de las imágenes sensoriales y de otros recursos en la escritura filosófica, lo que permite continuar ahondando en cómo Rancière concibe su propia escritura.

En conclusión, y como se habrá podido observar, *El litigio de las palabras* aborda multitud de temas trabajados por Rancière a lo largo de toda su obra. Podría decirse que es un libro iluminador, didáctico... ¿pedagógico? Estas palabras son problemáticas para el pensador francés, y Bassas es perfectamente consciente de ello; su esfuerzo consciente por afrontar esta dificultad es visible en sus diferentes intervenciones alrededor de la figura del filósofo francés⁵. El problema aquí radica en la gran dificultad que supone manejar el pensamiento rancierano sin traicionarlo en este aspecto, algo inevitable para el mismo Rancière —como señala en este mismo texto (2019: 47)— en formatos como la entrevista o la conferencia. En cualquier caso, este breve libro resulta una magnífica invitación a profundizar en la obra de este pensador, contribuyendo así a ese ir y venir de la letra muda —la escritura— en su hablar a todo el mundo sin distinción, fecunda errancia que propuestas como la reseñada, lejos de entorpecer, estimulan.

Notas

¹ RANCIÈRE, J. (1998) : *Aux bords du politique*, París: Gallimard.

² RANCIÈRE, J. (2000): *Le partage du sensible: esthétique et politique*, París: La Fabrique.

³ RANCIÈRE, J. (1998): *La parole muette. Essais sur les contradictions de la littérature*, París: Hachette.

⁴ RANCIÈRE, J. (2014): *Le fil perdu. Essais sur la fiction moderne*, París: La Fabrique

⁵ BASSAS, X. (2019): *Jacques Rancière. Ensayar la igualdad*, Barcelona: Gedisa Editorial.